

RELIGION Y POLITICA

DISCURSO
DEL SEÑOR PRESBITERO
Dn. BENEDICTO GUIÑEZ,
PRONUNCIADO POR RADIO
EN CHILLÁN EL 12 DE
FEBRERO DE 1937



SANTIAGO DE CHILE
1937

Señores:

Nadie piense, porque soy sacerdote, que vengo al micrófono a hacer propaganda religiosa; y — si saben que mi corazón no está indiferente entre los que conducen mi patria a la ruina y los que, a costa de infinitos sudores y de su propia sangre, trabajan por su prosperidad y grandeza — tampoco piensen que vengo a hacer propaganda política. Creo que mi ardiente amor al estudio me da algún derecho para decir hoy sin presunción que vengo a hablar — en cuanto me lo permiten mis fuerzas — en nombre de la cultura. Porque, si todas las religiones, desde el punto de vista cultural, son dignísimas de ser conocidas y su conocimiento es necesario al hombre culto; cuánto más necesario no ha de ser conocer la religión del propio país, la religión de la historia patria!; Cuánto más necesario no ha de ser conocer la religión cristiana que es la más maravillosa ante la historia; la más sabia ante la filosofía; la más verdadera ante la ciencia; la más hermosa ante las artes; la más pura ante la moral; la más santa ante las demás religiones! Pero en Chile la ignorancia de la religión es tan grande, tanto entre los que la atacan o la desprecian como entre los que la practican y defienden, que constituye una verdadera vergüenza para la cultura nacional. Entre las sombras de esta ignorancia ha sido posible la torpe confusión de toda la grandeza y santidad de la religión de Jesucristo con todas las ambiciones, intrigas, mentiras y desonestidades que constituyen la vida y la acción de lo que se llama un partido político. Por eso es mi intento en esta noche ofrecer a muchos la ocasión de vislumbrar siquiera cuáles son los principios fundamentales del cristianismo.

La religión de Jesucristo ha sido siempre la misma, pero la suerte que ha corrido en el mundo no ha sido siempre la misma. Cuando apenas nació hubo de afrontar una persecución feroz; porque los conservadores de las antiguas religiones se propusieron ahogarla en sangre y por una ley de seguridad interior del estado, en todas las provincias

del Imperio Romano, se consideró el creer en Jesucristo como un delito; y ese delito se castigó con gravísimas torturas y la muerte. La nascente Iglesia de Jesucristo atravesó a pie enjuto el mar rojo de su propia sangre.

Con la conversión del emperador romano Costantino, el Grande, cambió la suerte de la religión; y la que era considerada como un escándalo, una locura, un oprobio y un crimen, pasó a estar rodeada de riquezas, honores y poder. Si antes para ser cristiano era necesario amar la verdad y la justicia más que las riquezas y más que la vida, ya desde entonces la religión cristiana tuvo atractivos para los que no amaban la verdad y la justicia y buscaban riquezas, honores y poder. ¡Y he aquí para la Iglesia una prueba más difícil que la persecución sangrienta: la de ver introducidos en su propio seno lobos con pieles de oveja! Los que dentro de la Iglesia no buscan la doctrina de Jesucristo, sino las ventajas materiales accidentalmente unidas a ella, se comprende que han de tratar de agregarle, quitarle o cambiarle, según lo exijan las propias ambiciones. Así se explica que exista entre católicos, y aun entre sacerdotes, el temerario afán de silenciar o desconocer o torcer la palabra de Dios. Pero la obra de Jesucristo no está cimentada sobre arena. Por eso, si una corriente contraria a la enseñanza divina se puede abrir paso entre gente católica y aún en el mismo sacerdocio, esa corriente se estrella impotente contra una columna que sostiene la verdad integral, contra una fortaleza que guarda intacto el tesoro celestial, contra un edificio cuyos cimientos están en roca viva. Esa columna incommovible, esa fortaleza inextinguible, esa roca inquebrantable es la autoridad infalible del Papa. Su palabra, en medio de las vicisitudes de la Iglesia, ha resonado en todos los siglos como un eco fiel de la palabra de Jesucristo y ha esparcido por el mundo, luz y consuelo. Tenemos un ejemplo en nuestros días y en nuestra patria. Los católicos chilenos estaban en una situación angustiosa: por una parte se les obligaba en nombre de la religión a seguir el Partido Conservador; por otra parte, veían que este partido no respondía a lo que

creían como cristianos ni a lo que deseaban para su patria como chilenos. De esta angustia los ha librado la palabra del Papa que declara: La Iglesia Católica que es enteramente divina en su origen, enteramente divina en su fin, enteramente divina en sus medios, nada tiene que ver con el Partido Conservador, que es enteramente terrenal en su origen, enteramente terrenal en su fin, enteramente terrenal en sus medios. Por lo tanto, los católicos chilenos, en medio de las luchas cívicas, quedan en libertad para seguir el dictado de su conciencia. Si a todas las discusiones suscitadas dentro de la Iglesia, el fallo del Romano Pontífice les ha puesto fin, según aquella máxima: "Roma locuta est, causa finita est" (Roma habló, la discusión se acabó); necesario es que todo católico que no quiera renegar de su fe reconozca que el Partido Conservador es enteramente extraño a la Iglesia. Mas, si la palabra paternal del Vicario de Jesucristo no basta para que los conservadores desistan de hacer sus negociados políticos dentro de la Iglesia, creo que todos los que me escuchan convendrán conmigo en que ésta es la ocasión de usar del azote como Jesucristo en el templo de Jerusalén.

La religión cristiana es infinitamente superior a las demás por su dogma, su moral, su culto; pero lo que constituye decisiva y esencialmente su excelencia suprema es la participación real y efectiva del Espíritu de Dios.

Los antiguos judíos cimentaban en su divina religión el más desmedido orgullo, la defendían con fanatismo y profesaban un apego riguroso a la Ley de Dios, materialmente entendida, y, con las apariencias de ser el pueblo más religioso de la tierra llevaban, sin embargo, en el corazón el espíritu de Satanás. "Este pueblo—dijo Dios de ellos—me honra con la boca; pero su corazón está lejos de mí".

En conformidad con el pensamiento y el espíritu judíos la pecadora de Samaria, al encontrarse con Cristo, creyó que la pregunta más importante que le podía hacer era si Dios debía ser adorado en el monte de Samaria o

en Jerusalén; pregunta a la que Cristo respondió con estas palabras que debieran estar como esculpidas en el pecho de cada cristiano:

“Oh mujer, créeme que llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Llega la hora y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad; pues el Padre esta clase de adoradores busca como adoradores suyos. Espíritu es Dios: y aquellos que lo adoran, en espíritu y verdad es necesario que lo adoren”.

Así declaraba Jesucristo que su religión es algo tan profundo y tan vivo como el alma misma del hombre, algo tan verdadero como la verdad misma, algo tan divino como el Espíritu mismo de Dios.

Esta suma excelencia del cristianismo y este divino enaltecimiento del hombre, junto con los gloriosos hechos de su sublime historia, le han valido a la religión cristiana el respeto y la admiración universales y la han hecho susceptible, humanamente hablando, de convertirse en poderosa palanca para mover o reprimir las multitudes y gobernar los pueblos. Sin embargo, la suma santidad de su esencia misma no le permite de suyo servir para otro fin en el mundo que aquel que proclamaron los ángeles en el nacimiento de su fundador:

“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”.

Pero la audacia humana, que no tembló al poner las manos sanguinarias en la persona del Hijo de Dios, tampoco tiembla al poner la mano sacrílega en la religión sacrosanta para convertirla en instrumento de diabólica soberbia y avaricia. De ahí la pandilla de enmascarados que se extiende por todas las actividades públicas y privadas, proclamando los dogmas y la moral de la religión, enorgulleciéndose de su historia, exhibiéndose en las ceremonias del culto; pero renegando en el corazón del Espíritu de Dios. Como quiera que la religión cristiana no se puede concebir, sino como la participación del Espíritu de Dios, creo tener perfecto derecho para llamar enmascarado al

que, renegando de este Espíritu, se muestra al Mundo con las apariencias de cristiano. Ha sido debilidad de las aristocracias, cuando su incapacidad y sus vicios han minado los cimientos de sus privilegios, acogerse a la máscara de religión y a la sombra de la Iglesia para tener un escudo con que defender sus privilegios y una arma, al servicio de sus ambiciones. Dicen los conservadores que el clero está obligado a apoyarlos en las próximas elecciones; porque, si triunfa el Frente Popular, serán incendiadas las iglesias y muertos los sacerdotes. Pero creo preferible para un sacerdote ser crucificado por bolcheviques y judíos, antes que ser él traidor a su Dios, a la Iglesia y a la Patria para servir las ambiciones de una casta o de un partido y arrastrar la dorada cadena de una esclavitud ignominiosa.

El Espíritu de Dios es, como el aire, intangible, inmenso, libre con perfecta y omnimoda libertad; y no puede ser comprendido por ninguna definición ni encerrado por ningún límite; pero, si en la tierra se puede ver una imagen y un reflejo claro y vivo del Espíritu de Dios, esa imagen y reflejo es el amor.

Es necesario reconocer que el amor, por su naturaleza, es más celestial que terrenal y que parece extraño y peregrino sobre la tierra. Porque el gran mundo es el reino inexpugnable de la soberbia, de la lujuria y de la avaricia: tres vástagos espontáneos de un mismo germen de maldición: el egoísmo; tres fuerzas motrices de toda la vida y acción del mundo impío; tres corrientes deletéreas que enfrían y hielan los corazones con el frío y el hielo de la muerte. Lo que el mundo exhibe cada día con el título de amor es un sarcasmo.

Si el Creador dejó en el mar, en el firmamento y en la tierra recuerdos y señales de su grandeza y omnipotencia; con todo, ninguna obra visible salió de sus manos tan hermosa, tan perfecta y adorable como el hombre. Pero esta adorable excelencia del hombre no está en las condiciones externas que lo puedan rodear, sino en su naturaleza misma: en su cuerpo y en su alma. Y así como el cuerpo

puede ser afeado, estragado y, por así decirlo, desnaturalizado por las enfermedades; y así como el alma puede ser envilecida y desnaturalizada por la mentira y la maldad; así la naturaleza humana tiene una cumbre donde brilla con todo el divino encanto y adorable grandeza que le diera su Creador: esa cumbre suprema de la perfección humana es el amor.

Era justo y razonable que, viniendo a libertar a los hombres de la miserable y brutal degradación que los encadenaba, trajera el Redentor, entre tantos celestiales dones, como el resumen y la coronación de todos ellos, el don del amor. Si algún hombre en la tierra ha merecido los nombres de maestro y apóstol del amor y de amante, ése es Jesucristo. Y así como el alma de los genios se refleja en sus grandes creaciones, así el alma de Jesucristo se refleja en su portentosa y adorable creación: la religión cristiana, que no es otra cosa que la escuela, la milicia y el régimen pleno y triunfante del amor. Por eso, si debo de alguna manera precisar cuál es el Espíritu de Dios y de su Hijo, Jesucristo, Espíritu que constituye la esencia, la vida y la verdad del cristianismo, debo decir que ese Espíritu es amor.

La religión cristiana ha revelado inefables arcanos acerca de Dios y ha inspirado a los corazones el más profundo e inflamado amor hacia la divinidad; pero esta misma religión proclama de una manera perentoria la falsedad y el absurdo de los que dicen amar a Dios y no aman a sus semejantes. “El que no ama—dice el apóstol Juan—a su hermano a quien está viendo ¿cómo amará a Dios a quien no ve?” Y Jesucristo, debiendo proponer una señal por la cual los cristianos debieran ser acreditados y reconocidos como tales, no propuso la oración y el ayuno, ni la cruz de su muerte, ni el agua del bautismo, ni su cuerpo y sangre en la eucaristía; Jesucristo declaró que la señal distintiva de los cristianos era el amor al prójimo. “En esto—dijo—conocerán todos que sois discípulos míos: si tuviéreis amor los unos a los otros”.

Para cumplir esta perentoria obligación cristiana del amor no bastan las obras de misericordia, externamente practicadas.

Al cristiano no le está prohibido poseer riquezas, pero le está prohibido amar las riquezas; al cristiano no le está prohibido aceptar los honores, pero le está prohibido amar los honores. Y así como la religión rebaja ante el hombre el valor de las cosas terrenales, de tal manera que le prohíbe poner en ellas su corazón; así exalta hasta los cielos la dignidad humana, estableciendo que no es suficiente que el hombre ofrezca a sus semejantes dinero, vestidos o alimentos, sino que debe darles el corazón. "Si yo—dice el apóstol Pablo—repartiera para alimentos de los pobres todos mis bienes y no tuviere amor, de nada me sirve". El precepto cristiano del amor no se detiene, pues, en las obras que se ven, sino que se dirige al fondo del corazón; ni el cristianismo se realiza con la material comunicación de las riquezas, sino que de suyo tiende a realizar tan perfecta y dichosa unión de los hombres en un solo corazón que, dondequiera que el cristianismo se practique íntegramente, allí revivirán los lejanos días del paraíso perdido. ¡A cuán angélica y divina nobleza y decoro y honor levanta la religión al hombre! El egoísmo es la tenebrosa sombra que eclipsa las más brillantes cualidades; mas la ley cristiana lo elimina del corazón con tanta sabiduría como sólo podía hacerlo una ley dada por el Hombre-Dios: el cristiano está gravemente obligado a tener el alma tan radicalmente exenta de egoísmo que ha de amar a los que le odian y le hacen mal. Este tan perfecto olvido de sí mismo y esta suprema pureza del amor hace del hombre, no digo un héroe, digo un dios.

De lo dicho deduzco, con relación a la política, las tres siguientes consecuencias:

- 1) Los que de tal manera estiman su riqueza o su posición social que son incapaces de un sincero acercamiento interno a los humildes; y los consideran como seres de una especie inferior, cuyo bienestar, salud y vida, cuyos méritos y dignidad las clases privilegiadas pueden sacrifi-

car como una ofrenda debida al rango y a la fortuna —ésos tales no son cristianos, sino paganos que aun “están sentados en las tinieblas y a la sombra de la muerte”.

2) Los que se jactan de alimentar cesantes o construir hospitales siendo causantes o cómplices de las peores calamidades del pueblo, éstos son hipócritas como los judíos, que se jactaban de construir hermosos sepulcros a los profetas, después que ellos mismos los habían asesinado.

3) Comoquiera que la doctrina liberal elimina el amor en la organización de la sociedad y erige en sistema el egoísmo, esa doctrina es una de las fases del anticristianismo, que está en el mundo desde el tiempo de los apóstoles y que al fin de los siglos se manifestará patentemente.

Una de las sublimes manifestaciones del verdadero amor es el amor a la patria. Si alguno quiere ser cristiano, ame a su patria.

Patria no es tanto el hermoso territorio circunscrito por límites geográficos; nuestra patria son ante todo los chilenos, que por tan poderosos vínculos están unidos entre sí que forman una sola entidad, una sola familia. Esta gran familia es nuestra patria.

Si es una obra santa visitar a un enfermo ¿no será una obra santa trabajar por aliviar a todos los chilenos de las plagas que entre ellos cruelmente se propagan? Si es una obra santa amparar a un huérfano ¿no lo será el trabajar por encaminar a toda la juventud chilena por la senda del honor y de la dicha? Es tan santo y sagrado el amor a la patria que el cristiano que permanece indiferente ante la suerte de sus conciudadanos, ése—según el apóstol Pablo—“reniega de su fe y es peor que un pagano”. En este amor hay tanto de divino que Cicerón dijo que, si alguna vez el hombre parecía revestido de los atributos de Dios, era cuando organizaba un pueblo o salvaba o conservaba al ya organizado. Es verdad que la nación necesita ante todo que el que la gobierne llene cumplidamente el oficio de centinela y pastor que monta guardia en torno de la felicidad de todos; pero también es verdad que cada

ciudadano es un factor de ruina o prosperidad para la gran familia de la patria.

Se ha dicho que las cosas más pequeñas si se juntan, se hacen grandes; y que las más grandes, si se dividen, se aniquilan. Si cada chileno se olvida de su patria para procurar sólo su propio bien, todos los chilenos serán víctimas de la ruina general; si cada chileno se olvida de sí para servir a su patria, todos serán herederos de un mismo patrimonio de prosperidad y de dicha.

La constitución política pone en manos de cada ciudadano el gobierno mismo de la nación, al poner en sus manos la designación de sus gobernantes y legisladores. Este derecho que cada chileno debiera ejercer con un respeto sagrado se ha convertido ¡oh vergüenza! en el objeto vil de una transacción comercial y en una arma para lograr el botín del presupuesto nacional.

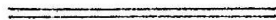
Cualquiera se adelanta a decir que ama a su patria; pero no tiene derecho de decirlo sino el que por ella se sacrifica. Sacrificio que no se comprueba en las fiestas públicas ni desfiles de gala: se comprueba ante la propia conciencia y ante el oro de los enmascarados asaltantes del honor y riquezas nacionales. Todos los que me escuchan podrán dar testimonio de que el heroísmo no es sólo para los campos de batalla: que heroísmo necesita el Presidente de la República o cualquier chileno, al sobreponerse a las flaquezas del propio corazón, para permanecer fiel en el servicio y amor de la patria y, en todo tiempo y lugar, resistir a las ofertas tentadoras y a las amenazas implacables. Todos podrán dar testimonio de que si la nación está, para su mal, dividida en diversos partidos, es sólo porque muchos chilenos no tienen el heroísmo de sacrificar en aras de la patria las amistades, comodidades y honores que los partidos ponen a su alcance. Sin embargo, la ley de Jesucristo manda amar a la patria de hecho y de verdad, amarla más que todo el oro del mundo, amarla hasta la muerte. Si la patria no puede enorgullecerse, sino de aquellos hijos suyos que la aman con heroísmo; Jesucristo tampoco reconoce como suyos sino a los que tienen la abnegación y el valor de los héroes.

Voy a terminar:

El apóstol Juan cuando predicaba en sus últimos años repetía siempre lo mismo: "Hijitos míos, amaos los unos a los otros". Cansándose sus oyentes de tanta repetición, él les dijo: "Esto solo os enseño, porque esto solo basta".

Si el apóstol más amado por Cristo pudo reducir todo el cristianismo a este sólo fraternal amor, creo que yo también puedo reducir todos los deberes cívicos y políticos del cristiano al solo amor de la patria. Y si la gran lumbrera de la Iglesia san Agustín pudo decir: "Ama y has lo que quieras", creo que yo también puedo, señores, deciros en esta noche en nombre de Dios y de la Iglesia: Amad a vuestra patria y votad por quien queráis.

He dicho.



IMPRESA "LABOR"
BANDERA 140
FONO 66658
SANTIAGO

